

¿Qué sindicalismo en tiempos de crisis?

La crisis actual, en especial la crisis climática, y la guerra social declarada por la Troika en mayo de 2010 (toda una política de demolición social de tres pilares básicos: las condiciones de trabajo, los servicios públicos y las pensiones), está poniendo a prueba el ser y el estar del movimiento sindical y del movimiento obrero, sus estrategias para hacer frente a esta ofensiva, construir la solidaridad de los de abajo y definir un modelo alternativo de sociedad que responda a las necesidades de producción y reproducción de la humanidad y no a la lógica depredadora, para la personas y la naturaleza, del capital.

Al calor de la crisis y, más allá de ella, de las transformaciones operadas en la estructura de la clase obrera (fragmentación, división, precarización, emergencia del precariado como un nuevo sector social... /1) y de su invisibilidad política también emergen voces que plantean, forzando mucho el argumento, el fin del proletariado.

Por nuestra parte, retomando la fórmula de Olivier Besancenot, pensamos más bien que vivimos en medio de una gran paradoja: “los proletarios —entendidos como aquellos que están obligados a vender su fuerza de trabajo, manual o intelectual, para vivir— jamás han sido tan numerosos en la historia del capitalismo. Sin embargo, jamás han tenido tan poca conciencia de existir como tales”/2.

Esta situación exige una mirada crítica sobre lo que ha sido la historia del sindicalismo desde la crisis de los años 70. En aquella crisis renunció a una salida social confrontada a la del capital y optó por aceptar la lógica del sistema de aceptar “los sacrificios de hoy por el bienestar del futuro”. El corolario de esa opción es de sobra conocido: el movimiento obrero entró en una espiral de derrotas sucesivas (a veces con la colaboración de los grandes sindicatos —a través del pacto social— y otras sin voluntad política para hacerles frente), que trajo consigo una triple derrota: social, política e ideológica.

1/ Antes, “un parado o parada no era en general más que un asalariado entre dos empleos; hoy día, es un medio social con sus permanencias y su renovación constante, (...) el estatus de precario era marginal (hasta los inmigrantes solían beneficiarse de un trabajo estable); hoy día se vuelve norma (...) lo que exige (re) pensar, percibir sus posibles formas de autoorganización”(Rousset, disponible en <http://www.vientosur.info/spip.php?article8900>).

2/ Olivier Besancenot, *La conjuration des inégaux. La lutte des classe au XXIe siècle*, Cherche-Midi, enero 2014.

La crisis actual también exige entender los cambios operados en el sistema, los parámetros en los que se desarrolla la ofensiva del capital, las mutaciones que se han operado en la clase obrera y los pilares sobre los que construir una alternativa que responda a los retos de una transformación social y ecológica desde una perspectiva feminista.

La escala y el espacio en la que se dan los conflictos (el peso de los mercados financieros y de las instituciones internacionales sin ningún control democrático, la transnacionalización de las empresas...) se han modificado sustancialmente, se han intensificado las agresiones de las clases dominantes y se han acelerado los ritmos y los tiempos en los que se resuelven. Todo ello pone a prueba a las organizaciones sindicales en el terreno de los análisis, de las respuestas y de las estrategias para recomponer una relación de fuerzas terriblemente desfavorable tras las derrota de los años 80. Una derrota que, en términos democráticos, se tradujo en un recorte sustancial de derechos y libertades como consecuencia inevitable de la tendencia hacia un Estado cada vez más autoritario para garantizar el control social.

Desde entonces, la política de los sindicatos mayoritarios (CC OO y UGT) y de la Confederación Europea de Sindicatos vive anclada en la vía muerta del diálogo social, obstinada en buscar la salida a la crisis en los parámetros del mismo sistema que la ha generado y mostrando un autismo total ante la crisis climática y los retos que plantea poner fin a la discriminación de la mujer en la sociedad. En una palabra, una política sin ninguna voluntad de romper amarras con el capitalismo.

Durante estos años la precarización de las condiciones de trabajo y de vida, así como el desmantelamiento del Estado de bienestar y la privatización los servicios públicos, se da a marchas agigantadas. Algo que no es de extrañar, porque forma parte del ADN del capital. Lo lamentable ante semejante embestida son las políticas de los sindicatos mayoritarios que, salvo raras excepciones como la del País Vasco³, carecen de voluntad política y de tensión militante para hacerle frente e incluso forman parte activa de concesiones inaceptables en los acuerdos con la patronal y el Gobierno.

Afortunadamente la realidad también presenta datos esperanzadores. Al lado de ese sindicalismo mayoritario emergen iniciativas de sindicatos a la izquierda de CC OO y UGT junto a movimientos sociales (como las distintas Mareas o la exitosa movilización del 22m) que han logrado atraer a participar de forma activa a sindicalistas de ambas centrales mayoritarias junto a los de otras organizaciones. Estas iniciativas abren nuevas perspectivas, muestran que la movilización ha dejado de ser un deseo para convertirse en realidad e imprimen una nueva gramática (en el tipo de movilización, formas de comunicación y organización, colaboración entre sindicatos y

3/ Ver <http://www.vientosur.info/spip.php?article8881>.

movimientos sociales...) que es preciso seguir con atención, sumergirse en ellas y aprender.

Como ocurre con las movilizaciones que estos últimos años han tenido lugar en Portugal, mayoritariamente protagonizadas por ese nuevo sector social que conocemos como *precariado*, o con luchas obreras como la de la factoría Fralib de la multinacional Unilever en Gémenos (Francia), que tras tres años de un duro combate social, político y jurídico, con ocupación de fábrica incluida, han logrado expropiar al patrón y buscan desarrollar una producción basada en criterios de justicia social y medioambiental.

No son más que muestras de unas luchas que aun siendo dispersas y sin solución de continuidad, señalan que hay otros caminos para responder a la crisis y que es posible transitar por ellos a condición de generar la necesaria convergencia de los agentes sociales para emprenderlas.

En sus *Doce tesis sobre la economía de los muertos*, John Berger decía, con razón, que “pensar estratégicamente implica que uno se imagina en los zapatos del enemigo. Entonces es posible amagar, tomar por sorpresa, desbordar por los flancos, etcétera. Malinterpretar al enemigo puede conducir, a largo plazo, a la derrota. A la propia.”

Situarnos frente a la crisis y los retos que nos plantea exige combinar dos ámbitos de trabajo: uno a corto plazo, que tiene que ver con la construcción de resistencias y la solidaridad; y el segundo, a largo plazo, que aborde los problemas relativos a las alternativas y el modelo de sociedad que queremos construir.

No se puede hacer frente a la crisis ni recomponer una relación de fuerzas favorable a las clases populares sin responder a la urgencia de cada día, a la necesidad de tejer la solidaridad con las víctimas de la crisis y con quienes luchan contra ella: en las fábricas, en los barrios, en el campo..., contra la destrucción o la precarización del empleo, las discriminaciones, la privatización de servicios públicos, etcétera. Esta experiencia práctica de resistencia aparece como condición necesaria para recomponer una conciencia y un tejido social que permita a las gentes de abajo reconocerse como parte interesada en romper con las cadenas del sistema. De lo contrario, seguiremos siendo víctimas de la paradoja de este último cuarto de siglo: seremos mayoría, pero sin conciencia de serlo.

Definir las alternativas y el modelo de sociedad que queremos construir para responder a las urgencias sociales y medioambientales aparece como la conclusión necesaria que da sentido a las iniciativas del día a día. Constituye un marco de referencia sobre los objetivos de lo que debería constituir un modelo de sociedad alternativo, que deberá enriquecerse con lo que nos vaya aportando la propia práctica social.

El plural de este número está dedicado a abordar algunos de estos problemas (que no todos) en cinco bloques. El primero, está dedicado a describir cuál es la realidad de las clases trabajadoras en el Estado español y las tendencias do-

minantes a lo largo de estos seis últimos años, que **Mertxe Larrañaga** aborda desde una perspectiva de género.

En el segundo, **Laurent Garrouste** traza un panorama detallado del punto de inflexión que supuso el estallido de la crisis en 2008 para intensificar la explotación económica y fisiológica de trabajadores y trabajadoras a partir del vaciamiento que se da de los derechos recogidos en la legislación laboral como fruto de la precarización de las condiciones laborales.

En el tercer bloque, **Yayo Herrero**, partiendo de la base de que “la forma en la que se ha articulado el modelo productivo, distributivo y de consumo en la sociedad capitalista colisiona frontalmente con las bases materiales que sostienen la vida humana”, considera que, salvo raras excepciones, el movimiento sindical ni siquiera es consciente de esos problemas que exigen repensar la lucha de clases.

Junto a ella, **Sophie Béroud**, tomando como punto de partida las enormes movilizaciones (más de tres millones de personas) que entre septiembre y diciembre del año 2010 agitaron el panorama social y político francés durante 9 jornadas de movilización, debidas a la huelga de refinerías, y que estuvieron a punto de paralizar el país, analiza las causas del debilitamiento del campo sindical así como las contradicciones internas que le atraviesan. Era la primera vez, tras mayo de 1968, que cundió el pánico en las elites francesas al punto de provocar una fuga de capitales cifrada en en 65 millardos. Este movimiento huelguístico concluyó con una derrota cuya larga sombra aún se extiende hasta nuestros días con consecuencias políticas terribles como los resultados de las elecciones europeas que han situado al Front National a la cabeza.

El cuarto bloque quiere ser una ventana a la esperanza. Como hemos señalado más arriba, aunque sea de forma balbuciente, poco a poco se van abriendo camino experiencias de lucha que van dejando trazos de por dónde avanzar. Hemos querido recoger testimonio de cuatro experiencias. **Carmen San José**, **Javier Cerdón** y **Jesús Jaén** nos presentan un balance y perspectivas de la Marea Blanca, que cuenta en su haber con la paralización de la privatización de la sanidad en la Comunidad de Madrid. **Teresa Rodríguez** y **Cecilia Salazar** hacen una radiografía de la Marea Verde a lo largo de estos años y el trabajo que está desarrollando de cara al futuro.

João Carmargo nos adentra en la experiencia desarrollada en Portugal, que le lleva a considerar a las y los trabajadores precarios como vector del relanzamiento de la lucha de clases. No porque la lucha de los trabajadores y trabajadoras haya tocado a su fin, sino para señalar la importancia de un sector social

que se expande día a día y que no encuentra canales de organización en las centrales sindicales tradicionales tal y como están configuradas.

La cuarta experiencia hace referencia a Fralib, una experiencia dura, como nos relata **Christine Poupin**, en la que, tras tres años de lucha, la plantilla ha logrado hacerse con la empresa y ahora proyecta un modelo de producción basado en criterios de justicia social y medioambiental. Una lucha que nos trae a la memoria la de LIP en los años 70, más precisamente desde 1970 al 1976, que provocó un seísmo en la sociedad francesa: frente a la amenaza de 480 despidos, los trabajadores decidieron ponerse en huelga ocupando la fábrica y encargándose de la producción y distribución de relojes de forma autogestionada. El 29 de setiembre de 1973 más de 100.000 manifestantes provenientes de toda Francia y de Europa ocuparon esta ciudad que no contaba más de 115.000 habitantes. Los tiempos son otros y no cabe duda que la experiencia de Fralib, para seguir adelante, va a necesitar muchas dosis de solidaridad.

Para concluir este Plural, **Manuel Garí** y **Camilo Espino** abordan el complejo tema de las pistas para un nuevo sindicalismo, trazando antes lo que consideran que deben ser los puntos referenciales, claves para construir una estrategia sindical: la realidad de cómo se organiza y desenvuelve el sistema y los retos que tiene por delante el movimiento obrero.

Josu Egireun y Manuel Garí, editores